

Tiempo de libros



Desde las losas de arcilla en que los babilonios y asirios guardaban sus escritos, a la fecha el libro ha tenido un desarrollo espectacular. Las dificultades y senderos que han debido sortear y transitar los mensajes escritos de la humanidad, para quedar y poder llegar a rebrotar en nuevos lectores, resultan apasionantes.

Los rollos de papiro con jeroglíficos egipcios de 2.500 años antes de Cristo tuvieron que ser sustituidos por el pergamino inventado por Eumenes (en el siglo IV) para evitar su fragilidad, a los que posteriormente se le agregaron dobleses. Códices, según denominaron los romanos para darle la forma a lo que actualmente conocemos como libro.

El papel y la imprenta con tipos móviles ya conocidos por los chinos hizo su aparición en Occidente en el siglo XV, respondiendo a las urgencias de la época.

Hoy, la producción masiva, las técnicas de fotografía y el uso del computador han hecho posible ediciones rápidas y accesibles prácticamente a todos. Un libro clásico se puede adquirir por un tercio del valor de un kilogramo de pan.

El libro es noble, como pan salido del horno para el hambriento. Encontrar un libro largamente buscado en una feria o librería, sorprenderse con una edición esmerada o tener que separar las páginas mal cortadas de una edición semiartesanal son gustos del lector que se suman al mensaje del autor y a la reflexión.

La realidad chilena sin embargo aparece como un muro ante el cual se golpea el libro: El 38 % de los adultos lee menos de 3 libros al año y sólo el 1 % de los profesores básicos leen habitualmente. En nuestro país francamente no se lee. Casos de excepción son cuando se encuentra alguna persona leyendo en un bus o metro. En los países del Este más de la mitad de los pasajeros lee. Parece que estuviéramos en un país de sonámbulos.

La cantidad de tiempo que se pierde es sorprendente. Esta preciosa dimensión, que es parte de nuestras acotadas vidas ante una muerte irremediable, la dejamos irse como agua entre los dedos. Cuánto tiempo se va aún en colas, esperas, trámites y transportes. Tiempo es oro nos dicen los productores, ¡cuán pocos dan su oro por tiempo! Sin embargo, es un fenómeno más urbano, pues el tiempo rural se vive, se reflexiona, tiene una dimensión humana. El urbano se mata, sin duda una fórmula de suicidio colectivo; de muerte en vida que hay que revertir.

La discusión del impuesto a los libros y de mecanismos para su fomento, recientemente aprobado en el Congreso Nacional, es valiosa, pero las causas de su crisis son más profundas.

Bien apunta Ortega y Gasset en su Libro de las Misiones, que de urgencia el libro se ha transformado en carga. Hay demasiados, se producen torrencialmente y el leer mucho no asegura el pensar por su cuenta.

El libro, este mensaje que supera o apoya la memoria, debe surcar la dimensión del tiempo y encontrar un lector que sea capaz de revivir la ceniza de las palabras, y ese lector tendrá que haber pensado, darle sus vueltas, haber hecho camino para que se produzca la chispa. Cortázar clasifica a los lectores en hembras y machos, pasivos y activos. Son las mismas verdades que nos señaló Platón hace veintitrés siglos.

La Primera Feria del Libro Usado organizada por la Universidad Mayor requiere la germinación de una buena iniciativa. Los avisos publicitarios hay que sustituirlos o complementarlos con lecturas que hagan reflexionar. Tenemos que lograr salir o resolver este mundo de osados diablos cargando cruces, en que todos nos venden pomadas y eso lo podemos hacer reaccionando positivamente; es decir, creyendo, siendo más para ser capaces de juzgar y exigir más.